



S. WEIL Y LA CULTURA GRIEGA

La revelación de la obra inédita de Simone Weil, como en el caso de la obra de Kafka, ha permitido rescatar para el mundo una de las visiones más profundas, y deslumbradoras, que haya ofrecido nuestro siglo para la situación agónica del hombre de nuestros días dentro de una problemática religiosa. El ejemplo de su vida, respaldando su afirmación dura e incisiva, ha rodeado su nombre de una atmósfera de popularidad semejante a la que concita la vida de los santos, pero que puede ser peligrosa en cuanto desvíe hacia la anécdota la curiosidad que debe orientarse hacia su pensamiento revolucionario. Por lo mismo se ha hablado con ligereza de una experiencia mística. Poco o nada en su obra puede respaldar semejante afirmación porque si bien su pensamiento está dominado por una exclusiva y excluyente meditación religiosa, las fugaces iluminaciones que a veces aparecen en sus apuntes no son muy distintas de las que pueden presentarse en Pascal. Justamente parece más lógica la aproximación con este pensador, sobre todo por la orientación independiente de sus reflexiones, y por el carácter fragmentario de casi toda su producción, constituida por los "Cahiers" personales donde anotaba observaciones, lecturas, temas, destinados a una obra orgánica que la prematura muerte del autor interrumpió definitivamente. De ahí que la mayor parte de los libros publicados en estos últimos años esté constituida por una agrupación de textos fragmentarios pertenecientes a sus Cuadernos que han sido desglosados del conjunto por referirse a alguno de los problemas centrales de su meditación. Entre ellos se encuentra el más conocido, y ya traducido al español, "La gravedad y la gracia", con el prólogo de su amigo y ocasional opositor, Thibon.

Su experiencia religiosa personal, su interpretación de lo humano y de la situación del hombre respecto de Dios, su análisis de la permanente comunicación evangélica, han quedado desperdigados en las notas que sin orden ni concierto fué registrando en sus Cuadernos. Pero también allí y sobre todo en la "Carta a un religioso" y en "La fuente griega" se intenta una transformación y ampliación de la tradición religiosa del cristianismo actual, que no hemos visto analizada y discutida por quienes debían haberlo hecho entre nosotros, y de las cuales nos interesa ahora su repercusión cultural y literaria.

Simone Weil, "agregée" de filosofía, discípula de Alain, poseedora de una cultura clásica que envidiaría cualquier humanista europeo, observa que están desconectadas, más aún que se contradicen la tradición greco-latina latina que nutre nuestro mundo occidental y la tradición hebraica que respalda la principal religión de ese mismo mundo: la cristiana.

A esto se agrega que descubre en la cultura griega, como en las culturas orientales, prefiguraciones de la revelación religiosa cristiana, presentes para ella en la invención de los mitos y en las creaciones literarias o filosóficas. Este esfuerzo de incorporación al cristianismo, de un punto de vista espiritual y religioso, de otras tradiciones culturales que hasta el presente se consideraban desvinculadas, de ella, o opuestas, y en especial de la tradición griega, se pone de manifiesto en dos libros de notas y artículos, "Intuiciones precristianas" y "La fuente griega". En ellos, en este último sobre todo, S. Weil recorre las obras literarias, "La Ilíada", "Prometeo", "La Orestíada", obligando a una nueva lectura que es realmente subyugante por la riqueza de nuevos matices, la aportación de una interpretación original que proyecta una fuerte luz sobre la resonancia espiritual presente de los textos antiguos y sus significados poéticos e ideológicos. Lo mismo podría decirse de su análisis de los diálogos platónicos de los fragmentos o heraclitanos, de los que suministra, además, nuevas traducciones.

del reconocimiento entre Electra y Orestes —uno de los momentos maestros del genio esquiliano no sólo enriquece repentinamente el texto sino que ilumina y corrobora la actitud profundamente religiosa de su creador. Lo mismo puede decirse de sus observaciones sobre "Zeus y Prometeo" que no hacen sino extender el pensamiento adelantado por Jaeger en su inteligente interpretación de los designios religiosos de Esquilo, incorporándolo como precedente al ulterior desarrollo del pensamiento cristiano.

De esta serie, el único trabajo orgánico preparado por Simone Weil es el relativo a la "La Ilíada o el poema de la fuerza" que escribiera para la NRF al comenzar la última guerra europea. Intenta el autor, con singular sagacidad, reducir el complejo y aún confuso poema homérico, a un esquema ideológico que sbarque sus designios fundamentales explicando de este modo el definitivo sentido de su creación. Lo halla en la acción de la fuerza incontenible que no sabe moderarse y engeceue a quien pretende dominarla y sólo es dominado por ella, y en las consecuencias de esa fuerza actuante: reducción de lo humano a lo material, desespiritualización de la vida, homogenización de los hombres por obra del mismo proceso de petrificación, y en última instancia una justicia semejante de implecable funcionamiento, que expresa categóricamente el verso homérico: "Ares mata a quienes matan". Y sin embargo, observa S. Weil que la verdadera justicia y el amor impregnan este mundo violento con una permanente amargura que no llega a la queja, y que nace de la contemplación del alma humana subordinada a la fuerza, a la materia. Es por este acento de ternura para designar el sufrimiento tanto en aqueos como en teucros, esta "común miseria humana" de la que todos se sienten partícipes, que la obra anticipa el pensamiento religioso cristiano que S. Weil no encuentra expresado en la creación literaria hebrea o romana. Para ella, si "La Ilíada" es la primera expresión del genio griego, el "Evangelio" es su última manifestación, y de una a otro se traza un derrotero espiritual que atraviesa la religión de los

La transposición a lo divino de la escena